

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

DUBLAN & C^o, impresores.

AÑO VI. }

MÉXICO, FEBRERO 15 DE 1876.

{ NUM. 102.

CONVERSACIONES

SOBRE

LAS OBRAS DE DIOS

Y LAS

BELLEZAS DE LA NATURALEZA.

CONVERSACION SETIMA.

[Concluye.]

Reino mineral.—Diversas especies de tierras.—Diversos metales.—La Virgen de alabastro.—El presbiterio en las nieves.

Elvira.—Hay en efecto *sal marina*, que se obtiene haciendo evaporar el agua de la mar, en la cual se encuentra en disolucion; pero lo que se llama *sal gema* se halla, en enormes masas, en el seno de la tierra. Esta sustancia es de extrema utilidad; así es que la bondad divina la ha esparcido con profusion sobre el globo. En Francia hay muchas minas de sal gema cerca de***. En España hay una montaña de sal, alta de cincuenta piés. Créese que estas sustancias salinas son depósitos dejados por la mar en los lugares que cubrió durante algun tiempo. Las mas notables de esas minas son las de Wiliska, en

Polonia: tienen, segun se dice, novecientos piés de profundidad, y se ignora hasta dónde se extiende, dentro de la tierra, la masa de sal en que se las ha cavado. Tienen varios pisos, y se ha formado en ellas tres capillas donde se celebra el oficio divino ciertos dias del año. Los operarios que en ellas trabajan han construido casas y almacenes para encerrar sus herramientas. Las casas, las capillas y todo cuanto decora estas últimas está hecho de sal.

Se halla tambien mucha sal gema en Hungría y en algunas partes de Alemania, con especialidad en Salsburgo, que toma de ahí su nombre.

Ya te he hablado de las conchas y otros animales fósiles que hay cerca de aquí. Pues bien, los vegetales se descomponen tambien y cambian de naturaleza. Las numerosas y ricas minas de hulla que encierra este departamento eran en otro tiempo grandes bosques. Entre el carbon de piedra se encuentran con frecuencia restos de vegetales. Estos hermosos árboles que balancean sobre nuestras cabezas sus ramas seculares, serán acaso un dia negras piedras bituminosas, y reposarán sepultados bajo el suelo que les prodiga ahora los jugos preciosos de que se nutren.

Valeria.—Y ¿se hallan algunas veces plantas fósiles en el carbon de piedra?

Elvira.—Lo ignoro; pero creo que esos vestigios se encuentran frecuentemente en las pizarras. Como me complazco en hablarte con especialidad de lo que tiene relacion con los lugares en que hemos nacido, te citaré las camas pizarrosas que hay en las montañas de V***; sus hojas presentan con frecuencia la figura de una clase particular de helecho americano. Se dice que se descubren vestigios de este mismo arbusto en las pizarras de Saint-Bel, cerca de Lyon.

Valeria.—No puedo dejar de admirarme de que plantas, árboles, conchas, peces, se conviertan en piedra.

Elvira.—Pues eso es poco: se han hallado animales fósiles de enormes dimensiones, cuadrúpedos mayores que el elefante, seres cuya especie se ha perdido, pero que el génio ha sabido adivinar y presentar á nuestro siglo admirado, reuniendo restos esparcidos en el fondo de cavernas inabordables, bajo las rocas, y en las profundas entrañas de la tierra.

Así, todo muere en este globo, pero nada se destruye. Los seres mas débiles salides de las manos del Creador parecen participar de su eternidad: al cesar de vivir con su vida animal y vegetal, el árbol, el helecho, la madrepora, el insecto, reapare-

cen bajo una nueva forma y gozan de otra especie de existencia.

Valeria.—Y nosotros que somos tambien obras de Dios, ¿qué nos volvemos cuando estamos muertos?.....

Elvira.—*El polvo vuelve á ser polvo;* es decir, que nuestro cuerpo, compuesto poco mas ménos como el de los animales, se descompone del mismo modo. Se disuelve, sirve de alimento á los gusanos de la tierra..... ó nutre las yerbas parásitas que crecen en los cementerios. Mas eso no importa; nosotros podemos decir que no morimos, *porque el espíritu vuelve al espíritu, la vida vuelve á la vida;* lo cual nos hace parecidos á Dios: nuestra alma, que Él creó á su imágen, es inmortal como Él.

Valeria.—Y ¿qué es del alma?

Elvira.—Habiendo sido creada libre, es recompensada ó castigada segun el uso que ha hecho de esa libertad. Si ha amado y adorado á Dios, su creador; si ha seguido constantemente las inspiraciones del guía interior que de Él recibió, quiero decir, de esa conciencia que habla tan alto cuando se la quiere escuchar, y que sin cesar nos dice: *esto es bueno esto es malo;* si puede presentarse en fin ante Dios santa y pura como salió de sus manos, nuestra alma vá al cielo, donde ve á Dios *frente á frente,* segun él mismo nos dice, y goza de una felicidad tan grande que no podemos formarnos una idea de ella mientras estamos en el mundo.

Valeria.—Mas los que no han sido buenos.....

Elvira.—El alma que, olvidando ó desconociendo su sublime origen, ha degradado en sí la obra y la imágen de Dios, es desterrada para siempre de su presencia, y para siempre inmensamente desdichada.

Valeria.—Y cuando se han convertido ¿no van al cielo?

Elvira.—Sí, amiga mia; el alma que ha faltado, pero que, por un sublime esfuerzo, se levanta de su caída y vuelve á colocarse á la altura en que Dios quiso que estuviese cuando la creó á semejanza suya, esta alma vuelve á ser hermosa á sus ojos, y la recompensa con una felicidad sin límites. Tenemos la prueba en la historia de la Magdaleua y en la parábola del Hijo pródigo.

Valeria.—¿Tienen tambien alma los animales?

Elvira.—La Sagrada Escritura los llama *un alma viviente;* pero el alma de esos animales no es de la misma naturaleza que la nuestra. La designamos regularmente con el nombre de instinto. Ignoramos con exactitud el grado de inteligencia que Dios les ha dado; mas es cierto, que no son como nosotros, librs de discernir el bien y el mal, y por esto no pueden ser recompensados ni castigados.

Ya hablaremos de eso en otro de nuestros paseos. Esta campana nos avisa de que es hora de retirarnos.

Valeria.—Sí, es el primer toque para la comida.

Durante ella, no dejó de preguntar nuestra pequeña amiga de dónde procedían y cómo estaban hechos cada uno de los objetos que cubrían la mesa.

—Estos tenedores de plata, estas cucharillas de oro, estos cuchillos de hierro con mangos de cobre, decía, ¿no pertenecen todos al reino mineral, papá?

—Sí, mi querida mineralogista, respondia M. de Montrol.

Valeria.—Vd. se rie de mí, papaito; y yo quisiera saber de dónde procede todo eso.

M. de Montrol.—Voy á decírtelo, hija mia. Tú prima Elvira te ha hablado ya de la estructura del globo terrestre, y sabes que se compone de *bancos* de rocas de diversas especies, y de *capas* de tierra diferentes entre sí. Pues bien, en medio de esas rocas y de esas piedras, hay hendiduras, hay brechas irregulares que se llaman *filones,* y que se hallan con frecuencia llenas de materias metálicas. De este modo están colocados en la tierra el oro, la plata, el hierro, el cobre, el estaño y todos los metales.

Valeria.—¿En qué país se encuentra el oro y la plata, papá?

M. de Montrol.—Muchas son las regiones de Europa en que hay minas de oro. España, Hungría y Suecia las poseen: hubo un tiempo en que se explotaban las de Francia, pero desde el descubrimiento

de América se las ha abandonado, porque el producto de las minas de Europa es nada en comparación de las del Nuevo Mundo, en especial de las del Perú.

La plata abunda solo en la parte de América situada en la zona tórrida. El hierro es bastante comun en Europa. El estaño es mas escaso, pero se le halla con abundancia en la India, en el Japon y en la América meridional. Esta y el Africa meridional encierran en mayor cantidad el cobre y los otros metales que tanto sirven á nuestros usos. La platina, metal muy pesado, que participa del oro y de la plata, y que llaman tambien oro blanco, abunda bastante en ellos. Algunos departamentos de Francia tienen turquesas.

Valeria.—Y las perlas, ¿se encuentran en la tierra?

Elvira.—No, amiga mia; las perlas se forman en cierta especie de conchas. Antiguamente se creyó que las perlas eran «gotas de rocío recogidas en el mes de Mayo en la superficie de las aguas sobre los animales que las producen. Algunos naturalistas han imaginado que las perlas eran un animal de concha que crecía dentro de otro. Muchos sábios piensan que la perla es una concrecion morbífica que procede de la picadura hecha en las conchas, y se fundan en que se pueden obtener perlas artificiales haciendo agujeros en la concha de las os tras de las almejas.»

La perlas se disuelven en los ácidos. Cuéntase que Cleopatra, reina famosa de Egipto, hizo disolver en vinagre una perla de inestimable precio, y que despues la tragó para probar su magnificencia.

Valeria.—Yo habria preferido adornarme con ella. ¿Es tan hermoso un aderezo de perlas! pero los diamantes son aún mas hermosos. ¿Se encuentran tambien en conchas, papá?

M. de Montrol.—No, hija mia. Durante mucho tiempo se creyó que los diamantes eran una especie de cristal de roca; pero un sabio ilustre, el gran Newton, anunció que el diamante era una materia combustible, y varias experiencias han probado la certeza de esta asercion.

Valeria (mirando en derredor de sí).—Papá: los tres reinos de la naturaleza adornan nuestro salon aunque sencillo, ¿no es verdad? El reloj de alabastro, los candelabros de plata, la pala, las pinzas, las cerraduras de las puertas, nos las ha dado el reino mineral; esta mesa, las sillas, la butaca, bien sé que pertenecen al reino vegetal; y este tapiz, que está hecho de lana, corresponde al reino animal, pues la lana proviene de las ovejas. Mas estas cortinas de seda, no sé en verdad á quién se las debemos.

M. de Montrol.—A un insecto pequeñito. ¿No has visto en casa de madama D*** los gusanos de seda?

Valeria.—¿Son unos gusanos que forman unas especies de ovillos blancos?

M. de Montrol.—Sí: lo que tú has visto así en ovillos es la seda, que se hila, se teje y forma telas suntuosas con que se cubren los muebles y hacen los trajes.

Pero es hora de descansar, hijs mia; sabes que mañana debemos ponernos en camino para ir á visitar á nuestro tío.»

Con efecto, al dia siguiente de esta conversacion, los habitantes de Montrol emprendieron un pequeño viaje.

Habíase preparado con ese objeto una antigua berlina; pero la mayor parte del tiempo caminaban á pié cogiendo las flores que los vientos del otoño habian respetado, examinando las piedras que hallaban en el camino, y admirando los paisajes que se ofrecían á sus ojos. La ausencia de M. de Montrol y de su hija debia durar pocos dias. Elvira se alejaba por mas tiempo de los lugares que la vieron nacer.

Nuestros viajeros notaron en su camino varias cosas dignas de fijar su atencion. En una llanura que atravesaron, se hallaban esparcidas multitud de piedras que los naturalistas designan con el nombre de *belemnitas,* las cuales, calentadas sobre las brasas, exhalan un olor muy pronunciado de azufre. Algunos sábios creen que se forman en las nubes, y que la tormenta las arroja, por lo cual se las conoce con el nombre de *piedras de rayo;* otros

las consideran como conchas petrificadas. En otro paraje, Valeria vió con extrañeza un gran número de esos monumentos que se hallan con frecuencia en la comarca que ella habitaba, y que se cree son altares drúidicos.

A los dos dias de camino, que pasaron bien rápidamente, llegaron al pié de una montaña, término del viaje, y empezaron á subir por una pendiente suave. No habian llegado aún á grande altura, cuando el cielo se cargó de espesas nubes que un viento húmedo apiñaba unas con otras, y casi inmediatamente comenzaron á caer copos de nieve, que cubrieron en breve tiempo la tierra en derredor de nuestros viajeros. Quanto mas subian por la montaña, mas gruesos y espesos eran los copos, y mas fria la brisa. A cierta altura, vieron ya el suelo cubierto de un pié de nieve, que habia caido tres ó cuatro dias ántes; aquel tapiz de hielo se extendía por la cúspide ondulosa de las montañas, las mas lejanas de las cuales se confundían con el horizonte.

Valeria admiraba en silencio aquel espectáculo tan imponente como nuevo para ella.

De repente, las nubes descienden, se agrupan, y parecen tocar las cabezas de los viajeros.

Los caballos marchan con gran trabajo sobre la nieve, espesa y helada, y resbalan con frecuencia.

Nuestros viajeros abandonaron por prudencia el carruaje. M. de Montrol tomó en sus brazos á Valeria, y se encaminó hácia la cabaña, distante aún, y que se apercibía medio sepultada entre la nieve.

Despues de una marcha bastante penosa, se encontraron nuestros viajeros en un paraje elevado, donde todo daba indicios de ser un volcan apagado.

Desde allí las miradas se extendían por un vasto y magnífico horizonte, abrazando cuatro provincias, cada una de las cuales ofrece rica variedad de productos, sitios y puntos de vista deliciosos; cuatro grandes rios las recorren, las fertilizan, las rodean varias veces en su marcha sinuosa, y las llevan las aguas de una multitud de arroyos, sus tributarios.

¿Cuán grato es, durante los dias de la hermosa primavera, seguir en sus impetuosos saltos los torrentes que se lanzan de la cima de los montes y corren á través de las rocas volcánicas, las verdes selvas, y los inmensos pastos! ¿Cuán grato ver resaltar sobre el verde oscuro de las praderas los vivos colores de esas brillantes flores alpinas que tan numerosas y variadas se ofrecen á los ojos del encantado viajero!

Pero no es ménos grato quizá para un alma sensible á las imponentes bellezas de la creacion el aspecto de esos mismos parajes en la estacion de las escarchas.

El deslumbrador tapiz, que cubre á lo léjos las montañas, permite admirar mejor sus graciosas ondulaciones. Sus anchas cimas sostienen anchas mesetas que, cubiertas en ese momento de una uniforme blancura, parecen doblemente extensas; allí se ven lagos de azulada onda, de profundo lecho, de orillas pintorescas y erizadas de rocas volcánicas, de guijas vitrificadas, de ruinas que atestiguan la existencia de una ciudad que la montaña sumió un dia en sus abrasadas entrañas. Más allá, torrentes que estrellan sus olas sobre las rocas, cubren la atmósfera de un velo de plateada gasa.

Por un lado, una selva secular limita el horizonte: los vientos silbaban entre las blanquecinas ramas de los añosos árboles, y se creía distinguir los aullidos de los lobos y de los osos, mezclado con el estruendo de las olas, y los mugidos de los furiosos aquilones.

Era ya tarde, y el padre de Valeria, impaciente por verla abrigada bajo un techo, apresuró la marcha hácia el que esperaba los acogiese; proponiéndose recorrer, despues de haber descansado algunos dias, aquella majestuosa é imponente region.

Una ligera nube de humo, que se elevaba en medio de la nieve que cubria los techos de la aldea, ensanchó el corazon de nuestros viajeros.

Al acercarse, admiraron la cabaña tan blanca cual si estuviese tallada en alabastro; la humilde morada del pastor, en quien los pobres de la comar-

ca hallan otro Fenelon; la iglesia con su campanario brillante como una columna de mármel griego, cuya blancura no empaña ni una vena, ni una mancha.

El tío á quien M. de Montrol iba á visitar, habitaba una casa muy pintoresca no léjos del modesto presbiterio; solo una senda trazada en la nieve conducía á ella.

Próximos ya á la morada que tan ardentemente deseaban, nuestros viajeros oyeron el religioso tafido de una campana y los ladridos de un perro; luego vieron brillar luces que se adelantaban hácia ellos, y distinguieron á su huésped acompañado de dos criados, los cuales traían antorchas formadas de una madera resinosa y odorante.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO VI.

DIFERENTES APLICACIONES DE LA URBANIDAD.

ARTICULO I.

DE LOS DEBERES RESPECTIVOS.

[Continúa.]

XIX

Entre médicos y enfermos.—La caridad y la paciencia son las virtudes sobresalientes del médico en su manera de conducirse con el enfermo. Como la salud es el bien mas apreciable de la vida, el que llega á perderla se preocupa de tal suerte de la idea de recuperarla, y se siente tan fuertemente impelido á invocar para ello á cada paso el interes y la asistencia del médico, que si éste no está animado de una caritativa consideracion y de una profunda tolerancia, le negará naturalmente el consuelo de un trato cariñoso y afable, y los sufrimientos morales vendrán entónces á aumentar los sufrimientos físicos, llegando acaso hasta enervar la accion de las aplicaciones medicinales.

XX

La necesidad en que se encuentra el médico de entrar con los enfermos en multitud de pormenores sobre las causas y efectos de sus dolencias, y sobre todo lo demás relativo á éstas, no le autoriza ni puede obligarle jamás á faltar en tales conferencias á la delicadeza del lenguaje; pues sin omitir nada de lo que sea indispensable para su objeto, él podrá siempre fácilmente, por medio de expresiones cultas y de buen sonido, echar sobre las ideas que tengan en sí mismas algo de repugnante, un velo que las suavice á los ojos del pudor y del decoro (§ VIII, sec. 5ª, art. 1º del cap. 5º—§ XI, id. id).

XXI

En las enfermedades graves, cuando los medicamentos no alcanzan á disminuir la fuerza del mal y el conflicto se aumenta, un médico de buena conciencia y de sentimientos humanos y generosos, apela él mismo á los conocimientos de otros profesores, sin esperar á que se indique este recurso, y sin manifestarse desagradado cuando el enfermo ó sus dolientes se anticipen á proponérselo ellos mismos. El peligro de la vida no dá entrada en el ánimo á otra idea que la salvacion; y un médico bien educado y que tenga el convencimiento de su propio mérito, debe ver con indulgencia que en medio de de la angustia y ansiedad que trae consigo el temor la mas grande de todas las desgracias, se le haga una indicacion de este género cuando él crea todavía que su sola asistencia puede triunfar de la enfermedad.

XXII

Cuando la muerte es inevitable, y ha llegado ya la oportunidad de que el enfermo se contraiga á arreglar sus intereses temporales y espirituales, el médico deberá emplear una exquisita prudencia, un fino tacto al hacer tan terrible declaracion; pro-

curando dirigirse para ello á los deudos ménos allegados del enfermo, los cuales pueden escogitar fácilmente los medios de trasmitirlo de la manera mas prudente á los mas allegados, y guardándose en todos los casos de hacer sobre este punto al mismo enfermo una manifestacion brusca y sorprendente.

XXIII

Fácil es comprender que las consideraciones que el médico debe guardar al enfermo son extensivas á las personas de su familia; así porque ésta se identifica siempre con su situacion y sus padecimientos, como porque muchas veces su postracion no le permite exigir nada á la tolerancia del facultativo, y son entónces sus deudos los que á cada paso pueden ponerla á prueba.

XXIV

El ministerio del médico tiene de comun con el del sacerdote aquel espíritu de caridad y de sacrificio que debe animarle, para atender en cualquiera oportunidad y en cualquier momento al enfermo que invoca su asistencia, aun cuando para ello tenga que someterse á duras privaciones. El médico que, por atender á su propia comodidad, desoyese el clamor del enfermo, manifestaria un corazón indolente y cruel, haría injuria á la humanidad y á su propio ministerio, y lo que es peor todavía, echaría sobre sí la horrible nota de ver con desprecio la vida de sus semejantes.

XXV

Respecto del comportamiento del enfermo y de sus deudos, es excusado entrar á encarecer cuánta debe ser su prudencia para con el médico, y cuán grande la suma de consideracion que han de tributarle. Las exigencias indiscretas, las discusiones sobre el plan curativo que el médico prescribe, las manifestaciones de desagrado que suele arrancar el mal efecto de una medicina, la sollicitacion, en fin, sin su debida anuencia, de las opiniones ó de la asistencia de otros facultativos, son todos actos que arguyen mala educacion, y falta de estimacion y agradecimiento hácia aquel que pone todo su esmero en hacer eficaces sus servicios profesionales.

XXVI

Entre los preceptores y los padres de sus alumnos.—La persona que recibe de un padre el grave y delicado encargo de la educacion de sus hijos, debe tener presente que éste no ha podido depositar en él tan alta confianza, sin haberle considerado capaz por su moralidad, la pureza de sus costumbres, la dignidad de su carácter, sus finas maneras y la cultura de su entendimiento, de ejercer dignamente esta honrosa delegacion por medio de la doctrina y el ejemplo, sembrando en el corazón de sus hijos la preciosa semilla de la virtud, y preparándolos á ser útiles á sí mismos, á su familia y á su patria. Y como las almas nobles prescinden siempre de los propios merecimientos y de la material retribucion del trabajo, cuando el encargo que reciben encierra un homenaje de consideracion, el maestro no podrá ménos que añadir al estricto cumplimiento de sus deberes, todas las particulares demostraciones de especial atencion y aprecio con que pueda manifestarse agradecido á los padres de sus alumnos por el elevado concepto que les ha merecido.

XXVII

Pero los padres de los alumnos deben hacer á su vez una completa abstraccion del mérito que el preceptor haya podido reconocer en su eleccion; y considerando tan solo que los afanes y desvelos que éste consagra á sus hijos son de un orden tan elevado y tan sublime, que un corazón paternal no les ve jamás recompensado con una simple retribucion pecuniaria, le colmarán de honor y consideracion, y no omitirán medio alguno para manifestarle el agradecimiento que merece siempre de un padre todo el que trabaja por el bien y la felicidad de sus hijos.

XXVIII

Un padre no tiene ningun derecho para reconvenir al preceptor de sus hijos por actos que estén autorizados por los estatutos, la disciplina y las prácticas generales que éste haya establecido, todo lo cual ha debido consultar ántes de confiarle un encargo que supone siempre el completo sometimiento á las reglas comunes. En un establecimiento de enseñanza no puede haber otras distinciones que aquellas que estén fundadas en la virtud y el mérito, y es exclusivamente su director el que se halla en capacidad de descubrir en sus alumnos estas dotes, así como de conceder los premios y aplicar las penas que la posesion ó la carencia de ellas exijan. Toda ingerencia, pues, de un padre en estos asuntos, toda reclamacion, toda advertencia que se permita, es un acto del todo extraño á sus derechos y evidentemente contrario á los verdaderos intereses de sus mismos hijos, cuya educacion estará viciada desde que, en las pequeñas contrariedades que experimenten, puedan contar con una segura apelacion á la autoridad paterna.

XXIX

Segun esto, la mediacion de los padres para librar á sus hijos de las prudentes y provechosas correcciones que se les impongan, la pretension de que se les exonere de alguna obligacion ó se les alce alguna prohibicion, y en general, toda exigencia que tienda á relajar la disciplina de los establecimientos de enseñanza, son otros tantos semilleros de disgustos entre padres y maestros, que la civilizacion condena, y que traen funestas consecuencias á la educacion, á la moral y al porvenir de los jóvenes.

XXX

No quiere esto decir que á un padre le esté vedado velar sobre el trato que un preceptor dé á sus hijos; mas desde el momento en que éste incurre en un grave abuso de autoridad, desaparece la confianza en que está basado el pacto que entre ambos existe, y el disolver este pacto será siempre preferible á toda reconvenion, á toda discusion que no pueda dar por resultado sino mayores disgustos.

XXXI

Los padres, y sobre todo las madres, cuya indefinible ternura nubla á veces su razon y las hace demasiado exigentes, deben medirse mucho en calificar de abuso de autoridad un acto cualquiera del preceptor de sus hijos, que haya producido en ellos una impresion demasiado desagradable; y en todos los casos tendrán como una regla importante el abstenerse de dirigir á aquel ninguna expresion ofensiva á su carácter y á su dignidad, pues en esto se harian ellos mismos una grave ofensa, apareciendo como inciviles y groseros, y quizá como ingratos. El ministerio del preceptor ejerce una grande influencia en los destinos de la sociedad; y para que pueda ser desempeñado siempre en bien de los intereses generales de la educacion, es indispensable rodearlo de aquella consideracion, de aquel respeto, de aquel prestigio que dá autoridad y eficacia á la enseñanza, y que haciendo de él una profesion honrosa, estimula á abrazarla al verdadero mérito, á la virtud y al talento.

XXXII

Entre los jefes de oficinas públicas y las personas que entran á ellas.—El jefe de una oficina pública debe recibir con afable atencion á cualquiera persona que en ella le solicite, y excitarla inmediatamente á tomar asiento; mas no está obligado á ponerse de pié, ni al entrar aquella ni al despedirse, sino en el caso de que sea una señora, un amigo, ó un sugeto á quien deba especial consideracion y respeto.

XXXIII

El jefe de una oficina, despues de haber contestado verbalmente á las expresiones de despedida de la persona que se retira, corresponderá con una inclinacion de cabeza á la cortesía que ésta habrá de ha-

cerle desde la puerta de la sala; y al despedirse alguna de las personas indicadas en la excepcion del párrafo anterior, la acompañará precisamente hasta el medio de la sala ó hasta la puerta.

XXXIV

La persona que éntre á una oficina pública se abstendrá de tomar asiento mientras no se la excite á ello; y no se acercará á ningun bufete de modo que le sea posible leer los papeles que en él se encuentren, sin haber sido autorizado para ello de una manera expresa. En cuanto á las demás reglas especiales que deben observarse en estos casos, ellas están contenidas en los §§. I y IV, art. 6º del cap. 4º, debiendo solo añadirse que al retirarse una persona de una oficina, y despues de haberse despedido verbalmente del jefe de ella, debe hacer siempre á éste una cortesía desde la puerta de la sala.

(Continuará.)

El reo de muerte.

(FABULA.)

Puesto en capilla un reo se encontraba,
Y al verse en trance tan amargo y fuerte,
Desesperado estaba de tal suerte,

Que de este modo al confesor hablaba:

—« Dos horas faltan solo, padre mio,

Para salir al lúgubre cadalso:

Que eso convenga á mi salud, es falso,

Y dejarme yo ahorcar, es desvarío.

¿No vale mas matarme prontamente,

Si tengo de morir dentro de poco?

Loco seria yo en verdad, muy loco,

En servir de espectáculo á la gente. »

—« Por este Cristo que en las manos llevo,

Exclama el confesor, oye su grito!

Morir, es expiar tu gran delito;

Matarte, cometer un crimen nuevo.

Prueba dá bien patente el suicida

De que no sabe tolerar su suerte:

¿Será lícito al hombre darse muerte,

Cuando el hombre no alcanza á darse vida? »

—« Será vuestro sermón muy oportuno

Para ocasion mejor, contesta el reo;

Pero en el duro trance en que me veo,

Matarme yo ó morir es todo uno.

Si quiere Dios mi expiacion sangrienta

¿A qué el verdugo que infernal me acosa

Para librarme de la vida odiosa?

Basta mi mano, si mi voz la alienta.

Dice, y haciendo de su fuerza alarde,

Contra el suelo la sien se despedaza;

Suena en esto un clarín allá en la plaza,

Y era el perdón del rey..... y era ya tarde!

Es de todos verdad harto sabida

Que el hombre nunca es dueño de su vida:

Por terrible, lector, por apurado

Que parezca tal vez un caso dado,

¿Quién sino un loco, la esperanza pierde,

Flor que aun al borde de la tumba es verde?

LOS JUEGOS.

LOS AUTÓMATAS.

Los autómatas son figuras de hombres ó de animales que se mueven y ejecutan ciertas acciones por medio de resortes hábilmente dispuestos en su interior, llevando por consiguiente en sí mismas el principio de su movimiento. Muchas y muy maravillosas son las obras construidas en este género, habiendo algunas de ellas conseguido fama europea: tales son el *pato* de Vaucanson que comía, andaba y nadaba como el verdadero animal: las *cabezas parlantes* del abate Mical, que articulaban las sílabas; y el *jugador de ajedrez* de Kempellen, siendo lo mas usual en los autómatas hacerles tocar un instrumento, cuyos sonidos imita la máquina oculta dentro de la caja ó peana que sostiene á la figura.

Mas como no á todos es dado el construir estas figuras, que para estar bien hechas tienen que ser obras maestras de mecánica, se ha discurrido el construir figuras que no lleven en sí mismas el principio de su movimiento, y que no sean propiamente autómatas, pero que puedan ser movidas fácilmente por la mano del hombre y por medio de alambres, para dar espectáculos de alguna importancia. Desde el lazarillo de ciego, que oculto entre la capa de su amo, asoma por encima de sus hombros dos figuras tan toscamente ejecutadas, como pobremente vestidas, haciéndolas bailar y chillar al son de la gaita, hasta las figuras de movimiento que con todo primor en la accion, todo el lujo en los trajes y todo el acompañamiento de música y decoraciones, ejecutan funciones muy complicadas en los teatros, se puede calcular toda la perfeccion que han ido recibiendo estas figuras de movimiento, cuyo origen data desde la remota antigüedad.

Aun no hace mucho tiempo que se anunció en Madrid un espectáculo de esta clase en el local bautizado con el pomposo título de *Teatro de Cervantes*, y los niños, tan aficionados á este género de funciones, empezaron á importunar para que se les llevase á ver el retablo de aquel nuevo *Maese Pedro*, que ofrecia sus maravillas bajo la garantía del inmortal autor del Quijote.

Conseguido el permiso y llegada la hora del espectáculo, todos los niños se encaminaron á él llenos alegría; solo José iba muy remiso, diciendo con mucha seriedad, que á él mas le gustaba una tragedia en el *Príncipe*, y que el que iban á ver era un espectáculo bueno solo para niños..... ¡Como si él en resumidas cuentas fuese algun personaje de mayor edad é importancia!

Representábase aquella noche la escena del *Diluvio universal*, y la salvacion de Noé y su familia dentro del arca. Muy antigua es la costumbre de representar por medio de figuras los misterios de la Religion y los asuntos de la Historia Sagrada. Los peregrinos que volvian de Tierra Santa, despues de la época de las cruzadas, componian romances y cánticos acerca de sus viajes y de los lugares que habian visitado, de los milagros, de los martirios de los Santos y de los misterios que allí se habian verificado. Cuando los peregrinos con el bordon en la mano, con la esclavina y el sombrero llenos de conchas, hacian alto en las plazas públicas para entonar sus cánticos religiosos, era muy considerable el número de gente que se reunia á escucharlos, y esto parece que inspiró la primera idea de representar los misterios que se cantaban, por medio de figuras que los pusiesen en accion.

Cuando los niños volvieron á su casa despues de concluida la fiesta, su mamá, que los estaba esperando, les dijo:

—Y bien, hijos míos, ¿os habeis divertido mucho?

—Sí, mamá, contestó Victoria, y no me pesaria el volver allá otra vez.

—Pues yo, replicó desdefiosamente José, no volvia aunque me convidaran.

—Ni yo tampoco, exclamó Juanito, que he tenido mucho miedo á los truenos y los relámpagos. ¡Y luego aquel pez tan grandote que se tragaba á los hombres que iban nadando!

—Pues á mí, interrumpió Pablo, me ha gustado mucho la funcion: sobre todo al ver á los animalitos cómo iban entrando dos á dos en el arca.

—¿Te acuerdas del pavo real cómo extendia la cola?

—Y el elefante tambien movia la trompa.

—¡Pues y la paloma, cómo salia volando!

—Mejor que todo esto era el ver trabajar á tantos hombres para construir el arca.

—Vamos poco á poco, dijo la madre para cortar la discusion, y contadme por su órden lo que habeis visto. Yo tambien quiero participar algo de la funcion.

—Mire vd., mamá, dijo Victoria, primeramente sale el ángel para decir á Noé que Dios ha resuelto castigar á todos los hombres con el diluvio, y que se apresure á construir el arca para salvarse con su familia. Noé llama á sus hijos y les intima la voluntad de Dios, y ellos al instante van á hacer el

arca sin replicar á su padre. Allí es el ver á tantas figuritas trabajando sin cesar, unas machacando y otras serrando para armar el arca. Cuando ésta se halla concluida, van entrando todos los animalitos de dos en dos, el macho y la hembra, y luego vienen Noé y su familia, y luego empieza el diluvio en que todo perece.

—¿Y no te acuerdas de aquellos hombres que vienen á burlarse de Noé y de su arca y á decir que es mentira lo del diluvio?

—Es verdad, se me habia olvidado; pero ya quisieran esos hombres que les dejaran un rinconcito en el arca, cuando la cosa va tan mala. Despues que se acaba el diluvio y aclara el cielo, sale del arca Noé con su familia, y dan gracias á Dios, el que se aparece en las nubes y les predica tantas cosas, y por último, hace alianza con ellos, y en señal de paz les promete que aparecerá el arco-iris; pero el arco-iris no aparece.

—Mal hecho, contestó la madre, pues seria muy fácil hacerle aparecer y haria una vista muy bonita. ¿Conque á eso se reduce toda la funcion?

—A eso nada mas; y diga vd., mamá, ¿volveremos allá otro dia?

—Mientras siga la misma funcion es inútil. Ahora, cuando cambien la escena..... allá veremos. Eso vuestra conducta es la que lo ha de decidir.

El pié y la bota.

(FABULA.)

Calzándose entrambos piés

Con linda bota de seda,

Al zapatero Organeda

Dijo así la bella Inés:

« Direis que soy importuna;

Pero estas botas son tales,

Que siendo las dos iguales,

Me sienta bien solo una.

Ved la izquierda qué bonita!

Nada hay sobre ella que hablar,

Mas la otra no quiere entrar,

Y eso, maestro, me irrita. »

—« Ya lo veo, contestó

El zapatero con calma:

Mas por Dios y por mi alma

Que el culpable no soy yo. »

—« ¿Pues quién me pone en tal potro

Este pobrecito pié? »

—« Señora..... el tenerlo usted

Mucho mas grande que el otro. »

—« Ay! es verdad! Mas su exceso

Vos lo podeis remediar,

Construyéndome otro par

Mas holgadito, ¿no es eso? »

—« Entónces por de contado,

Grande una bota ha de ser. »

—« Ay! es verdad! ¿Y qué hacer

En este apuro endiablado? »

—« Pondré á cada pié su horma,

Para que así venga justo..... »

—« Dos medidas? ¡Vaya un gusto!

El mio no se conforma. »

—« Pues calzareis siempre mal. »

—« ¿Y no ha de haber otro medio? »

—« Señora, no hay mas remedio

Teniendo pié desigual. »

—« Entónces será deforme

La bota grande, y ahora..... »

—« No hay bota grande, señora,

Si con el pié va conforme. »

—« ¿Mas dejará al fin de ser

Desigual?..... »—« Señora mia,

Vamos á hablar todo el dia,

Si no os dejais convencer.

No hablemos, pues ya de horma,

Ni de bota floja ó prieta:

Yo digo lo que el poeta:

A cada idea, su forma.